

Los símiles le encantan: “Era como escuchar poemas en un edén de tortugas gigantes”; “El frío del páramo lo había hecho casi como un témpano de hielo”; era “frígida como una salamandra ciega”; “se los entregó (los libros) como si fueran el más preciado tesoro”; “los trenes salían como gusanos de la tierra”. Por momentos uno alienta la ilusión de que la novela se ha vuelto metaficcional: “Sintió como si enfrente de sus ojos tuviera una cortina de humo y estuviera sonámbulo”. Podría hacerse también un inventario de expresiones adverbiales; pero quizá sea suficiente con decir que la más común de ellas es la expresión: “sin duda”. Nada revela tanto nuestras dudas como el uso constante de la expresión “sin duda”. El lenguaje de esta novela está repleto de dudas, nadie se tomó el trabajo de resolverlas y el resultado ha sido ese cristal oscuro que le roba el protagonismo a la historia que intenta mostrarnos.



Para quienes tenemos interés en lo que se escribe por fuera de las camarillas, la promoción de la obra de autores no establecidos suele ser un motivo de celebración. Es sano que haya libros de escritores que no reciben la aprobación ciega y sin criterio que se le prodiga a lo que está de moda. Es natural también esperar que no todos los libros que se publican sean obras maestras. Pero al leer esta novela uno puede preguntarse qué servicio puede prestarle a la diversidad de nuestra literatura la publicación de obras inmaduras, textos a los que les faltaron miradas menos complacientes. Parodiando la mejor frase de esta novela (ese título que crea una expecta-

tativa al final insatisfecha), después de la lectura uno podría concluir que, en ocasiones, “los sueños de los escritores se los fuman los editores”.

Gustavo Arango

Universidad Estatal de Nueva York

Ni seduce ni conmueve

Como dos extraños

EDUARDO FERNÁNDEZ BOTERO

Fondo Editorial Universidad
Eafit, Medellín, Colección Letra
x letra, 2009, 245 págs.

CON PRÓLOGO del expresidente Belisario Betancur aparece publicada de manera póstuma por la Colección Letra x letra de la Universidad Eafit, esta novela de Eduardo Fernández Botero (1905-1974) (prólogo en el que habría que abonarle al expresidente su casi confesión de haber sido furibundo antagonista político del autor en su juventud, y otorgándole reflexivo, ya en la vejez, sus méritos). Jurista, parlamentario, alcalde de Medellín, magistrado de la Corte, fundador de la Universidad de Medellín y de otras instituciones educativas, Fernández Botero dejó un importante legado en materia jurídica y educativa.

Aparte de sus libros sobre temas jurídicos, de sus fallos y otro tipo de temas que ocuparon sus actividades intelectuales, Fernández Botero escribió una novela que, como se ha dicho, no publicó en vida. Esta novela transcurre en un pueblo antioqueño de comienzos del siglo XX. La acción se da entre liberales y conservadores y, como es obvio, en los enfrentamientos entre unos y otros. En la sastrería (que no “saterería” como se le escapó al corrector de pruebas, porque para esas fechas Sartre no había publicado ni un solo libro...) se reúnen los liberales y librepensadores (tildados por sus contrincantes de masones) y hablan contra los gobiernos conservadores y contra la Iglesia todopoderosa, y exponen sus ideas subversivas para la aldea pacata. El protagonista, un muchacho de familia ultraconservadora llamado Aurelio, a veces asiste



a esa sastrería y de tanto oír esas discusiones, va empapándose de ellas para preocupación de sus padres y de los curas de *Vallecitos*, el pueblo donde transcurre la historia. Incluso, durante un mal momento económico de la familia, trabaja allí como auxiliar y de paso aprende el oficio. Pero, por ser un buen estudiante, uno de los curas comienza a hablar de mandarlo al seminario, centro de formación bastante prestigioso en la época. El muchacho se debate entre la fe y las influencias de los viejos amigos de la sastrería, hasta que se ve obligado a aceptar el ofrecimiento que le hace el obispo, de una beca para estudiar en el seminario y hacerse sacerdote. Pasan los años del seminario, entre estudios extenuantes y las peleas y disputas ideológicas con los compañeros y con profesores recalcitrantes, hasta que se ordena como cura. La novela es una suerte de *Padre Casafús*, ese personaje inolvidable de una de las noveletas de don Tomás Carrasquilla, pero sin la fuerza que les imprime el sastre y escritor de Santo Domingo —cuentos que son, a mi juicio, lo mejor de lo suyo: historias de largo aliento en las que los más hondos dramas humanos son tratados en forma magistral: *Salve Regina*, *Dimittas Arias*, *Luterito* (que es el mismo Casafús)—... (Eso, ¡y unas exóticas resonancias temáticas de *Madame Bovary!*).

El tono de esta narración es también de evidente marca carrasquillesca. Hay una cadencia decididamente paisa —cosa que bien puede llegar a ser una virtud—. Sin embargo es, en todo lo que va planteando, patéticamente esquemática. Las diferencias

entre ricos y pobres no pueden decirse de manera más simple y pedestre; lo mismo ocurre con las observaciones a los libros que va leyendo el pichón de cura. De Dostoievski a Flaubert los comentarios de sus obras pasan de ser ingenuos a ser llanamente candorosos. Pero esta obra, narrada en clave antioqueña, de un momento a otro se nos convierte en otra cosa cuando el cura, ya en su ejercicio de párroco, se va enamorando de una bonita señora de su feligresía. Es entonces Corín Tellado quien hace los diálogos y las reflexiones del sacerdote sobre la castidad, las tentaciones de la carne, el matrimonio, la fidelidad etc., etc., de una manera asaz convencional que resulta jocosa, por decir lo menos. Y una y otra vez se distancia de su amante, para luego volver, tal como nos sucede en la vida real, pero pasa que en la literatura no se puede abusar del lector y un escritor está en la obligación de obviar todos esos avatares para bien del relato, y no llevarnos en ese calvario repetitivo que como seres de carne y hueso padecemos, porque tenemos la recompensa del amor y del cuerpo.

El lenguaje, es “correcto”, la novela está bien “redactada”, pues Fernández Botero es un hombre culto y sabe escribir, pero creo que está lejos de ser un artista y el lenguaje que utiliza no nos seduce ni nos conmueve. Las obras de arte nos estremecen y nos dejan en “ese no sé qué que quedan balbuciendo” que decía san Juan de la Cruz. Discrepo de Belisario Betancur cuando dice en el prólogo que *Como dos extraños* de Fernández Botero, es “una hermosa e inesperada obra de arte”.

El final es chistoso, sin que ese sea su propósito: la mujer resulta embarazada y hay una crisis moral que lleva al cura a una total desesperación, pues el aborto es la única solución al problema. Un pariente del párroco ha aparecido páginas atrás y es un personaje que no tiene la menor relevancia dentro de lo que se cuenta y que, de una manera traída de los cabellos, aparece en los últimos párrafos muerto, abrazado y desnudo junto con la mujer —que es la mismísima amante del cura— a quienes el esposo enloquecido por los celos acribilla a balazos por su infidelidad. En el

epílogo, el cura se suicida convertido en guerrillero. Adivinamos que tomó ese rumbo y esa decisión por la crisis personal y moral en la que lo sumió su disyuntiva sobre el aborto y la infidelidad de la infiel con su pariente.



Cualquier persona tiene derecho a ensayarse como escritor, como novelista, eso no está prohibido. Ni más faltaba. Pero, de manera respetuosa considero que Eduardo Fernández Botero le aportó más al país como jurista y fundador de universidad, que como novelista.

Fernando Herrera Gómez

Hecha para la madre patria

Tres ataúdes blancos

ANTONIO UNGAR

Editorial Anagrama, Barcelona, 2010, 284 págs.

ESCRITA EN Palestina, la tercera novela de Ungar es el noveno libro de un autor colombiano publicado por la Editorial Anagrama y Ungar el primer nacional que gana el Herralde, premio español a la medida de su mercado, que se entrega desde 1983 y se publica en la Colección Narrativas hispánicas. La historia de *Tres ataúdes blancos* transcurre en 2019 en la imaginaria República de Miranda. Tomás del Pito ha sido legítimo presidente por veinte años y quiere continuar siéndolo; Pedro Akira, opositor, 33 años, líder del Movimiento Amari-

llo y candidato por ese partido político, es el único que podría derrotarlo en elecciones; sin embargo, meses antes de que estas se realicen, es asesinado. En el barrio La Esmeralda vive José Cantoná, algunos años menor que Akira y quien físicamente se le parece mucho; la novela trae la fallida historia de la suplantación del difunto por parte del vivo.

En la novela pueden reconocerse, tanto a simple vista como por sus características, tres cuerpos narrativos distintos; el primero —titulado “Antes de empezar”—, narra la vida del protagonista el día del asesinato de Akira, el mismo en que le ofrecen sustituir al finado; el segundo, corresponde a once capítulos numerados que ocupan dos terceras partes del libro; el tercero —titulado “Después del final (el principio)” —, comprende treinta cartas, dirigidas a un tal Lorenzo, escritas como catarsis y nunca enviadas por Ada Neira desde Bonn, donde ha sido madre.



El protagonista de la historia es un personaje curioso: afecto a la holganza, hace más de doce años terminó el bachillerato, estudia en la universidad, pesa cien kilos y le gusta el alcohol; por la narración de la primera parte, puede suponerse que es neurótico, impresionista y amigo de la precisión y la ironía; es un narrador chistoso que escribe y se refiere a su lector como si este le estuviera oyendo y la narración, descriptiva y metaficcional, no fluye recta sino sinuosa; el narrador se engolosina con las palabras, con sus chuscas ocurrencias, es consciente del artificio de su narración. Los párrafos que se alternan de